

PROFETA Y MARTIR.

Estimamos que siempre es de actualidad la publicación del siguiente bellísimo artículo que vió la luz en *Patria*. Por demás recomendar su lectura: brillan ahí con la fe del profeta convencido las inspiradas predicciones de MARTÍ, el apóstol sublime, que hoy se ven cumplidas todas en demasía, hasta en su gloriosa caída-transfiguración de Dos Ríos, "muriendo por lo que amó" y en la heroica "ola de la Revolución, que avanza, que se hincha, que todo lo avasalla y todo lo remueve;" empuñando "no ya el machete, el azadón, el palo, hasta la escoba, para barrer tanta inmundicia!" y que muy pronto clarará el lábaro tricolor de la Estrella solitaria sobre los escómbros aún humeantes de la que fué infeliz colonia española.

Aprendan aquí los excépticos, si aún los hay!

EL UTOPISTA Y LA UTOPIA

EPISODIO HISTÓRICO DEDICADO A LA COLONIA ESPAÑOLA.

Estaba frente a mí, en medio de la sala, una tarde brumosa de Noviembre, una de esas tardes tristonazas del otoño newyorkino en que la luz semiapagada y boreal lleva al espíritu notas profundas de la gran melancolía de la Naturaleza en esa estación y en ese clima.

¡Oh! Nunca he de olvidar la escena ni los detalles de la escena, porque la memoria de ese instante está unida para siempre al conocimiento de aquel hombre y al desenlace trágico que tuvo. Yo no sé por qué causa la impresión que hubo de sugerirme su visita, y la impresión que me causó la noticia de su muerte, se han fundido en mi espíritu con tan inquebrantable intimidad, que la luz crepuscular de aquella hora y aquel individuo extraño é incoherente, aparecen de un modo simultáneo con la emboscada y la tragedia. La distancia que media entre las soledades de *Dos Ríos* y la calle 29 se borra en mí completamente, y al recordar que hablaba con un vivo se me antoja que hablaba con un muerto.

No tienen otro origen estas líneas que vienen á ser, sencillamente, una reparación ineludible. El patriota de mirada fulminante y de inmaculadas intenciones, se daba ya por sacrificado á un ideal. Su frase rápida y ardiente se enturbiaba en la sombra de un presentimiento doloroso, y con rara persistencia invocaba la muerte como un detalle necesario en la ardua empresa que echó sobre sus hombros. Ese toque fúnebre se me antojó un recurso de efectismo, una decoración

siniebra hábilmente preparada para hacer interesante su persona, y por este mal juicio me punza su recuerdo.....

Fué injusto con el hombre, y más aún con el patriota; pero mi incredulidad era la incredulidad de todos sus paisanos. Yo no supe ver entonces ni la fé, ni el carácter, ni el tesón inaudito, ni la actividad maravillosa, ni la organizadora inteligencia que hizo luz del humo, que urdió sin materiales el drama colosal que estamos presenciando; pero en Cuba, en el futuro campo de batalla, un millón de cubanos miraban por mi antejo.

El hombre apóstol fué á mi juicio un individuo muy simpático, verboso y atrayente; un criollo refinado, medio parisién y medio florentino.

Cuando daba rienda suelta á su palabra, aquella frente, de profundas entradas, se encendía con la luz de un grande incendio; aquellos ojos demostraban su viveza en continuos movimientos y en fulgores de fiebre, y aquella boca dibujaba una sonrisa incomparable, la más graciosa é insinuante que he podido observar en labios masculinos. Esta sonrisa era su espada. No fué tan poderoso el acero de Gómez en "Palo Seco" y en "Naranjo" para batir columnas españolas, como la mueca encantadora del tribuno para conquistar los corazones.... Mas el hecho es el hecho; yo no ví en él un Bolívar ó un Kosuth, sino un poeta. Jamás pude sospechar que detrás de aquel lirismo estuviese la epopeya!

Como hasta el instante en que tocó mi puerta no le conocía, ni siquiera por retrato, al verle le pregunté directamente por su nombre.—Soy José Martí, me respondió con un saludo. Nos sentamos, y la dificultad que su visita me creaba surgió claramente en mi conciencia. Ya ese nombre ruidoso y popular era la personificación de la protesta activa, de la lucha por medio de las armas, la negación viril y formidable del *sport* oratorio que venía realizando el partido liberal autonomista en tres lustros de arengas fervorosas para vencer al león español de que se dejase cortar uñas y melena. Pues bien: yo era un miembro azás oscuro del partido, é iba á sostener una batalla desigual con un agitador que, á sus condiciones naturales, unía la ventaja indiscutible de tener á la historia de su parte. A la historia, desde luego, porque las cien revoluciones que ha combatido España en este continente, nunca se resolvieron del modo que pretendé el partido autonomista; siempre concluyeron en Maipo y Ayacucho. A pesar de todo, me propuse afrontar la situación y esgrimir el dato decisivo; en Cuba no había margen para otra insurrección.

—¿Habla Ud. perfectamente convencido de la verdad de lo que expresa?

—Penetrado en absoluto de la realidad de mis palabras.

—Veamos sus razones.

—Son pocas y sencillas. No voy á argumentarle como miembro de una agrupación perseverante que ha hecho de la paz el medio indispensable para el planteamiento de su credo; voy á adoptar el punto de vista desde el cual considera Ud. este problema. España no concederá la autonomía porque es incapaz de concederla. Su educación histórica, su índole nativa, repugna toda solución de ese calibre, porque es un instrumento de gobierno que no puede ni quiero manejar. Hoy por hoy, el problema político es, quizá, el menos importante. Trátandese de reformas de ese género, abrirá la mano cuanto pueda, pero reservándose los medios defensivos que ofrecen á su hora la suspensión de garantías, la ley de orden público ó cualquiera de esas infinitas Reales Ordenes que las autoridades desempolvan cada vez que les conviene.—Mientras tanto, prensa y oradores podrán decir atrocidades del gobierno, que por boca de Romero ó de Becerra encomiarán en plenas Cortes, y hasta cierto punto con razón, la libertad incomparable de que gozan los cubanos, ¡la libertad de ladrar inútilmente! Y aquí del tabaco que debía fumarse el andaluz en colaboración con el gallego. España toma para sí la ley de relaciones comerciales, el magnífico negocio que brinda nuestra Antilla á sus empresas navieras ó bancarias, el presupuesto con que mantiene á sus parásitos, el tesoro colonial que es el tabaco, y deja á los cubanos esa decantada libertad, que es la saliva. Ella fuma, y nosotros escupimos.

El patriota afirmaba sonriendo.

—Yo, señor Martí, voy más lejos que usted en ese pesimismo sin consuelo que ha convertido el problema colonial en un problema insoluble para España. Que haya libertad de imprenta ó de reunión, es cosa fácil y hacedera, porque no quita á la Metrópoli un centavo de los millones nuestros que maneja. La cuestión cubana es para ella un asunto de índole económica, porque la mitad de la nación vive sobre Cuba. El móvil favorito á que obedece es mandarnos soldados y burócratas para que engullan lo mejor de nuestro plato. Y como si esto fuera poco, nos impone un arancel de explotación, persigue nuestros frutos al entrar en la Península con más ensañamiento que á los productos de naciones extranjeras; asegura por medios irritantes el monopolio de sus compañías de vapores trasatlánticos y de su Banco Hispano-Colonial; organiza férreamente el predominio de los suyos y convierte el partido reaccionario en único instrumento de gobierno. El gobierno todo lo dará, menos la llave de la caja; en todo cederá menos en lo asignado á sus mandíbulas.

—Y á pesar de esa opinión, ¿no cree usted en un cambio radical como resultado de la propaganda autonomista?

—Lo juzgo imposible.

—Pues es usted separatista.

—No lo soy en absoluto; es decir, lo soy de un modo abstracto, no en la realidad de este momento. Nadie piensa en pelear; todos se resignan.

—Creo que usted se engaña.

—No me engaño. La propaganda autonomista, teórica en exceso, ha castrado á los cubanos. Su labor es patriótica y honrada; pero en el procedimiento está el error. Quiere hacer de Cuba un Canadá, cuando antes es preciso hacer de España una Inglaterra. En vez de prepararse para un momento decisivo, convirtiendo los votos en fusiles, se afana en demostrar á sus adeptos que la amenaza de un disturbio es el único obstáculo para lograr la autonomía, y en lugar de exigirla la pide de rodillas. El pueblo se ha habituado á ese sistema, y hoy allí todo es posible menos hallar gente que pelée.

—Pues esa gente sobra.... Recuerde usted lo que le digo: "voy á tener más hombres que fusiles, más brazos que machetes...." Mi guerra no será la obra de un partido sino la resultante necesaria de todos los agravios, de todos los errores, de todas las infamias que allí se han cometido. Los convencidos, los valientes serán los que la inicien; después la seguirán los recelosos y apocados; los pseudo-indiferentes, los incrédulos; esos autonomistas que usted juzga decaídos; algunos de esos integristas que tanto vociferan y muchos peninsulares que al fin y al cabo olvidarán su procedencia por salvar sus intereses, que entre su patria y sus familias, optarán por sus familias. El hijo arrastra al padre....

—¿Cosa extraña! Yo soy un emigrado, estoy lejos de mi tierra y oigo claramente, tal vez mejor que ustedes, los latidos de la opinión en mi país. Por un cubano excéptico hallo cien decididos á arrostrar el todo por el todo.... ¡Si usted leyera las correspondencias que recibo; si usted supiera lo que dicen por lo bajo muchos de esos que "El País" llama sensatos porque los considera idiotizados!.... Ah, mi labor más difícil y penosa consiste en ahogar intentonas prematuras, no en conquistar adeptos, que hay bastantes. El combustible está hacinado; la mecha arde en mis manos. Desde Oriente á Vuelta Abajo no tiene el español una pulgada de terreno en que asentar la planta sin peligro.

Yo me sonreía sin poderlo remediar. En cambio, el rostro de Martí se iluminaba con la expresión de un éxtasis supremo.

—Hoy en Cuba—continuó el agitador—"los ignorantes son los sabios y los sabios son los ignorantes."—Cuando ustedes, los incrédulos, vean el hecho, la ola negra que avanza, que se hincha, que todo lo avasalla y todo lo remueve "van á llorar como mujeres por no haberse comprendido." Ciegos, insensatos que no ven que el país se desmorona, que la pro-